



Capítulo uno

Reportaje en Puerto Rico

La puerta del restaurante se abrió para dar paso a la corpulenta figura de un hombre. Su silueta se recortó algunos segundos en el amarillo intenso que reinaba en el exterior y, cuando el sonido de sus zapatos contra el suelo de madera interrumpió el murmullo de los comensales, todos se dieron vuelta para verlo. Vestía una guayabera blanca de lino, y ensombrecía parte de su rostro con un sombrero de ala ancha. Avanzó muy despacio entre las mesas de manteles cuadriculados en blanco y rojo, y tardó más de lo necesario en llegar junto al mesón donde un hombre de amplios y frondosos bigotes contaba algunos billetes.

—Ando buscando a esta mujer —fue lo que dijo a modo de saludo, y extendió una foto ajada y sucia.

El hombre de bigotes consultó el retrato. Era una joven de no más de veinticinco años, vestida con una blusa de encajes y de pie junto a un pedestal que sostenía un enorme jarrón con flores. El blanco y negro no dejaba adivinar el color exacto de

los cabellos, pero coquetos rizos se escapaban bajo el sombrero y caían como resortes junto al lazo del cuello.

—Es muy hermosa —fue la respuesta del cajero.

—No necesito comentarios —cortó agrio el visitante—. ¿La ha visto o no...?

Uno de los meseros, que en esos momentos retiraba un par de vasos, levantó la vista y encontró los dos ojos de su patrón fijos en él. Quedó inmóvil algunos segundos y, disimulando un cierto nerviosismo de sus manos, depositó los vasos en la bandeja y siguió con su trabajo.

—No, no la he visto nunca —sentenció el cajero de bigotes y volvió a sus billetes—. Usted sabe, mucha gente entra y sale de este lugar.

El recién llegado guardó la foto en uno de los bolsillos de su pantalón y suspiró. Entonces el mesero, un joven que peinaba sus cabellos rigurosamente hacia atrás y vestía una chaqueta tan roja como los cuadriculados de los manteles, dejó la bandeja a un lado y caminó hacia él. Dudó algunos segundos antes de decir con voz nerviosa:

—Yo sé dónde está Maribel.

El hombre enderezó el cuerpo con expresión de sorpresa.

—¿Tú? ¿Dónde está? ¿Por qué sabes su nombre? —exclamó.

Pero el muchacho guardó un silencio que se hizo eterno hasta que la voz del director gritó, escondido tras el monitor y la cámara:

—¡Corten! ¡Se revisa la toma...!

Todos respiraron aliviados. Marcos, el joven que representaba al mesero, se quitó la chaqueta roja y se abanicó el rostro sudoroso con una servilleta.

—Me derrito —comentó despacio.

Germán Santiago, el actor de sombrero y guayabera blanca, también miró con odio esos reflectores que brillaban con la intensidad de cien soles embotellados.

—¡Apaguen esas malditas luces! —gritó a un grupo de técnicos que controlaban el panel de interruptores—. ¿No ven acaso la temperatura que tenemos hoy en Puerto Rico...?

Germán se volteó hacia una de las ventanas, a través de la que se podía apreciar la monumental y honda bóveda azul del cielo: un escenario de luz intensa, reverberante de calor y cruzado apenas por jirones blancos de nubes. El actor se pasó la mano por la frente sudorosa, y miró hacia una de las esquinas del lugar.

—¿Y cómo viste la escena, Lucas?

El director asomó la cabeza tras el improvisado mesón donde habían instalado el monitor, algunas bocinas y unos *headphones* para que pudiera seguir el movimiento de la cámara con exactitud. Su boca hizo un gesto no muy conforme.

—Déjame revisar. Todavía hay algunas sombras en tu cara y en la de Marcos que no me convencen...

Marcos se sentó en una de las mesas del set. Su rostro denotaba las largas horas de continuo trabajo y, por

eso, no tardó en cerrar los ojos y comenzar a dormitar apoyado en uno de sus brazos.

En un rincón del lugar, dos muchachos de diecisiete años observaban todo con el aliento retenido. Pablo, de cabellos negros y la piel parecida a la azúcar bronceada, no se perdía detalle de lo que ahí ocurría. Felipe, algo más gordo y con el rostro salpicado de pecas, le punceaba el brazo con insistencia mientras se estremecía entero por un bostezo inevitable.

—Esta película es de lo más aburrida —comentó Felipe con desgano—. ¿Para eso viajamos hasta Puerto Rico? ¿Para ver quinientas repeticiones de la misma escena?

—Siempre es así —corrigió el otro al instante—. Y baja la voz, que te pueden oír quejándote.

—¿Y qué? Mi tío nos defiende. Estamos aquí con permiso.

Felipe buscó con la vista a Toño, el camarógrafo, que le hizo un gesto de saludo con la mano.

—Y tú que todo lo sabes, Sherlock, dime a qué hora vamos a almorzar —preguntó Felipe, con las pecas y los ojos expectantes por la respuesta.

—No sé, y no me molestes. Quiero ver hasta el último detalle —respondió Pablo, y sacó de su mochila una libreta y un bolígrafo.

—No puedo creer que todavía uses un cuadernito, como en los tiempos de mi abuelita. Toma. Si vas a anotar cosas, usa mi Palm.

Felipe le extendió una Palm Pilot reluciente, color acero, que Pablo sostuvo en sus manos unos segundos con cierta indecisión. Luego de unos instantes en los que se dio cuenta de que su amigo no sabía ni siquiera cómo encenderla, Felipe se la quitó y abrió en el sistema un nuevo archivo.

—Ahí está, listo para que escribas. Cada tanto dale un *save* —y agregó con cierta desilusión—... ¡No puedo creer que no haya conexión *wireless* en este lugar! Menos mal que traje mi iPod, porque esto está de aburrición total.

—Ya te dije que el cine siempre es así. Repiten y repiten hasta que todo queda perfecto y...

Pero la voz potente y segura de Lucas Padilla, desde su esquina del restaurante, no dejó que Pablo siguiera con su frase.

—¡Vamos a hacerlo de nuevo...! ¡Marcos, regresa a tu posición...! —agregó, dirigiéndose al actor que seguía dormido sobre su chaqueta roja, con los ojos cerrados y los labios levemente abiertos.

—Esto pasa por trabajar con principiantes —se quejó Germán Santiago, mientras volvía a ponerse el sombrero y comprobaba si tenía la foto en el bolsillo del pantalón.

Uno de los técnicos se acercó al joven y lo remeció por uno de los hombros. Abrió los ojos al instante y con una sonrisa que sólo intentaba ocultar su profunda vergüenza, saltó de la silla y ocupó su lugar en una de las mesas, con una bandeja en la mano.

Fue en esos momentos cuando la puerta del restaurante se abrió y entró una joven de cabello ensortijado. Vestía pantalones ajustados y una camiseta corta que dejaba ver una franja de su vientre. Avanzó por entre las mesas, saludó a un par de miembros del equipo de producción, y se ubicó tras el monitor junto a Lucas Padilla, que la miró con sorpresa.

—¿Y tú qué haces aquí? —se extrañó el director—. Te pedí que repasaras tus líneas para la escena de mañana.

—Ya lo hice. Quise venir a ver la grabación —se defendió Lorna García en voz baja, notando que todos ponían sus ojos en ella.

Lucas fue inflexible.

—Quiero que te vayas y te encierres con tu guion.

—Pero si ya lo...

—¡Quiero que te vayas a estudiar, Lorna! —la cortó con brusquedad—. ¿Sabías que eso es lo que hacen las grandes actrices?

Lucas la tomó del brazo y la obligó a ponerse de pie. Lorna se vio tan frágil e indefensa junto al robusto cuerpo del director, que esa mano que la tenía firme por el codo y que la obligaba a avanzar lucía como una tenaza de hierro.

—Lucas, por favor...

—¡Ya di las ordenes! —gritó—. ¡Y reza para que no decida matar a tu personaje, muchachita...!

Todos los presentes retuvieron el aliento. Incluso los dos muchachos que se abrazaron a sus mochilas y prefirieron desviar la vista con algo de vergüenza ajena ruborizándoles las mejillas.

—¿Cómo...?

—¡Son ideas, sólo ideas...! Ya sabes lo que tienes que hacer —puntualizó y se volvió hacia la pantalla del monitor, que dejaba ver la figura de Germán Santiago, una esquina del mesón y algunas de las mesas de manteles blancos y rojos.

Entonces, la joven sorteó la infinidad de metros de cables y enchufes que entorpecía el paso, esquivó los delgados andamios donde estaban sujetas las parrillas de iluminación, y avanzó con decisión hacia la salida. De pronto, una mano le tocó el brazo con suavidad, en un gesto para que se detuviera.

—Paciencia —susurró Toño, el camarógrafo—. Tú eres la mejor. No te olvides de eso.

Lorna le sonrió con algo de amargura y siguió su camino. Pero antes de salir, y por encima de su hombro, oyó claramente la ironía en la voz de Germán Santiago que lanzó sus palabras como dardos envenenados:

—¡Yo insisto, Lucas, esto pasa por trabajar con principiantes!



Redes de pescadores con falsas estrellas de mar colgando de los hilos, cuadros con motivos marinos y un ancla convertida en lámpara adornaban los muros del comedor del Hotel Balboa, lugar donde todos estaban alojados durante el tiempo que demandaran las filmaciones. Técnicos, camarógrafo, actores, productor y director compartían e intentaban olvidar, por algunas horas, el intenso ritmo de trabajo que Lucas Padilla impuso desde el primer día a las jornadas.

El hotel ocupaba la totalidad de un antiguo edificio de cinco pisos, en una de las calles más empinadas del Viejo San Juan. Al parecer, la modernidad no se había hospedado nunca en sus habitaciones, porque tanto la decoración como la forma de proceder del personal de servicio en el Balboa seguían idénticas desde el día de su inauguración, casi sesenta años atrás. En el *lobby*, y tras el mesón donde se ubicaba el recepcionista, había un enorme tablero de madera repleto de ganchitos metálicos. Sobre cada gancho, un papelito marcado con un número indicaba que ésa era la llave de un cuarto. Nada de tarjetas magnéticas desechables: en el Balboa las puertas se abrían como a principio de siglo. Tampoco había modernos equipos de comunicación. De hecho, el único teléfono del hotel era un negro aparato de disco —en lugar de teclas— y cuando sonaba hacía temblar hasta la lámpara de lágrimas

opacas que adornaba el espacio de la recepción. Espíritu de antaño intacto, les gustaba decir a los dueños con relación a su decrepita apariencia. Sencillamente, un lugar viejo y mal tenido, suspiraban los resignados huéspedes apenas cruzaban la puerta de entrada.

Esa noche, un grupo de técnicos de la película había preferido pegar sus mesas para comer los unos junto a los otros, de modo que una larga hilera de sillas y personas contrastaba penosamente con la mesa arrinconada y sola de Pablo y Felipe que, en una esquina y ajenos a la conversación y al ruido, cenaban en silencio. Uno de ellos, el de cabellos oscuros y mirada afilada, tenía una Palm encendida sobre la mesa. Con expresión concentrada tomaba nota de todo, utilizando una suerte de delgadísimo bolígrafo sin tinta que apretaba botoncitos en la pantalla.

Entonces Toño hizo algunas averiguaciones con los que estaban comiendo junto a él y se puso de pie.

—Sobrino —le dijo a Felipe—, ¿por qué no se acercan a cenar con nosotros?

Felipe miró a Pablo, como consultándolo con la vista.

—Es que no queremos molestar.

—La familia nunca molesta, chamaco. Agarre sus cosas y véngase para acá con nosotros.

—¡Órale, va! —respondió el gordo al instante y se quedó callado cuando sintió la patada de su compañero por debajo de la mesa.

—¿No le molestará al señor director...? —averiguó el otro, haciéndose el desinteresado.

Toño se echó a reír.

—No se preocupen por eso... Le gusta gritar, pero no muerde.

Y se inclinó sobre los dos amigos, buscando un espacio de complicidad.

—Además, lo que ese señor diga me vale madres —sentenció—. Vengan conmigo.

Pablo y Felipe se miraron algo sorprendidos de la revelación. Entre los tres adosaron la mesa a las otras que se extendían paralelas al comedor. Los demás que comían en aquel extremo los recibieron con entusiasmo.

—Muchachos, les presento a mi sobrino Felipe y a Pablo, su compañero de curso —presentó Toño.

—Y ustedes, ¿qué hacen? —preguntó uno de los comensales.

Pablo iba a contestar, pero Toño se le adelantó:

—Viven en Miami, y están terminando el colegio. El *high school* como le dicen allá. Y aquí también.

—La preparatoria, como la llaman en México —puntualizó Felipe.

—Ah, México —suspiró Toño con nostalgia—. Hace casi diez años que ya no vivo ahí... ¿Y tú, sobrino?

—Mis papás y yo llevamos cinco años en Miami.

—Es que mi hermano Luis, el padre de este muchacho que ustedes ven aquí, se fue para el país del norte

buscando una mejor vida... Ustedes saben. El sueño americano —Toño se volvió a Pablo, interrogándolo con la mirada—. ¿Y tú, chamaco? ¿De dónde eres?

—Soy puertorriqueño —respondió el pelinegro—, pero he vivido en Miami casi toda mi vida.

—Entonces te sentirás como en casa en estos momentos. ¡Mira, qué bien...! Es que no hay como volver a casa. Uno se reencuentra con sus raíces, con sus paisanos, y...

Uno de los técnicos interrumpió a Toño con un movimiento de su mano.

—No has dejado que los muchachos hablen —le reclamó.

—¡Híjole, perdón! Ya me callo —se avergonzó.

Entonces Pablo tomó la palabra.

—Viajamos ayer desde Miami para hacer un reportaje de la filmación de esta película. El profesor nos pidió que investigáramos un tema a fondo, para el examen final...

El muchacho les explicó que nunca imaginaron que cuando el profesor les asignó la labor de tener que ir a presenciar el rodaje de un filme, la tarea resultaría tan cautivadora. Tuvieron que hablar con productores y cineastas. Consiguieron permisos, establecieron contactos, hasta que Felipe recordó a su tío mexicano radicado en Puerto Rico, que estaba próximo a trabajar en la nueva película de Lucas Padilla, el famoso director boricua. *Océano de sombras* se llamaba el largometraje, y lo iba a rodar completamente en las calles adoquinadas del Viejo San Juan.